

Micro-cuento

Guillermo Cabrera Infante
CUBA

-Usté, vamo.
-¿Qué pasa?
-El salgento que lo quiere ver.
-¿Para qué?
-¡Cómo que pa qué! Vamo, vamo. Andando.
-Salgento, aquí está éte.
-Está bien, retírate. ¿Qué, cómo anda esa barriga? Duele, ¿no verdá? Ah, pero te acostumbras, viejo. Dos o tres sacudiones más y nos dices todo lo que queremos.
-Yo no sé nada sargento. Se lo juro y usted lo sabe.
-No tiene que jurar, mi viejito. Nosotros te creemos. Nosotros sabemos qué tú no tienes nada que ver con esa gente. Pero te he traído aquí para preguntarte otra cosa. Vamo ver: ¿tú sabes nadar?
-¿Qué?
-Que si sabes nadar, hombre. Nadar. Así.
-Bueno, sargento... yo...
-¿Sabes o no sabes?
-Sí.
-¿Mucho o poco?
-Regular.
-Bueno, así me gusta, que sea modesto. Bueno, pues prepárate para una competencia. Ahora por la madrugá vamo coger una lancha y te vamo llevar mar afuera y te vamo echar al agua, a ver hasta dónde aguantas. Yo ya he hecho una apuesta con el cabo. No, hombre, no pongas esa cara. No te va a pasar nada. Nada más que una mojá. Después nosotros aquí te exprimimos y te tendemos. ¿Qué te parece? Di algo, hombre, que no digan que tú eres un pendejo que le tiene miedo al agua. Bueno, ahora te vamos devolver a la celda. Pero recuerda: por la madrugá eh. ¡Cabo, llévate al campión pal calabozo y ténmelo allá hasta que te avise! Oye: y va la apuesta.

Sobre héroes y tumbas (fragmento)

Ernesto Sábato
ARGENTINA

Se acostó a su lado, después de encender un cigarrillo. Martín la miró: nunca sabía cuándo ella bromeaba.
—No bromeo, tonto, lo digo en serio. Martín permaneció callado: sus dudas, la confusión de sus ideas y sentimientos lo mantenían como paralizado. Su ceño fruncido, miraba al techo y trataba de ordenar su mente.
—¿Qué pensás? Tardó un momento en responder.
—Mucho y nada, Alejandra... La verdad es que...
—¿No sabes qué?
—No sé nada... Desde que te conozco vivo en una confusión total de ideas, de sentimientos... ya no sé cómo proceder en ningún momento... Ahora mismo cuando te despertaste, cuando te quise acariciar... Y antes de dormirte... Cuando... Se calló y Alejandra nada dijo. Permanecieron los dos en silencio durante largo rato. Sólo se oían las profundas y ansiosas chupadas que Alejandra daba a su cigarrillo.
—No decís nada —comentó Martín, con amargura.
—Ya te respondí que te quiero, que te quiero mucho.